MADAMA RECAMIER

El mes de mayo de 1849 desaparecio una figura única entre las mujeres que han reinado por su belleza y gracia; cerróse un salon que, bajo una influencia encantadora, habia reunido durante largo tiempo á los personajes más ilustres y diversos, y por donde tenian probabilidad de pasar un dia ú otro hasta los más oscuros. Los primeros por su renombre en este grupo de hombres memorables han sido heridos por la muerte casi al mismo tiempo que la que formaba el lazo y principal atractivo en él. Apénas sobreviven algunos, dispersos y desconsolados hoy, y los que no hicieron más que atravesar un momento por esa sociedad selecta, tienen el derecho y casi el deber de hablar de ella como de una cosa que interesa ya á todos y ha llegado á ser historia.

El salon de madama Recamier era ciertamente otra cosa más, pero tambien, sobre todo en los últimos años, un centro y un foco literario. Este género de creacion social que tuvo tanta accion en Francia y que ejerció un imperio tan efectivo (el salon mismo de madama Recamier es la prueba de ello), no se remonta más allá del sigo XVII. Se ha convenido en fijar en el célebre hôtel de Rambouillet el establecimiento de la sociedad culta, de esa sociedad que se reunia para conversar sobre bellas cosas y en particular las del ingenio. Pero la selemnidad de este círculo Rambouillet se adapta poco á la idea que yo quisiera

despertar en este momento, y más bien iria á buscar en rincones más discretos y reservados los verdaderos *precedentes* del género de salones como el último que acaba de cerrarse á nuestra vista. Hácia mediados del siglo XVII fué á habitar en lo alto del arrabal de Saint-Jacques, en las afueras del monasterio de Port-Royal, una persona célebre por su talento y sus triunfos tan prolongados como brillantes, la marquesa de Sablé. En este semiretiro, con entrada en un convento y una puerta entreabierta todavía al mundo, esta antigua amiga de M. de La Rochefoucauld, cuyo activo pensamiento siempre seguia tomando interes en todo, continuó reuniendo en derredor suyo, hasta el año 1678 en que murió, los nombres más distinguidos y diversos, amigos antiguos que habian permanecido fieles y venian de muy léjos, de la ciudad ó de la Corte, á visitarla, semisolitarios, personas de rango como ella, cuyo ingenio se habia engalanado y aguzado más y más en el retiro, solitarios de profesion, á quienes por momentos hacia ella olvidar, á fuerza de obsesion graciosa, su voto de silencio. Estos solitarios, cuando se llamaban Arnauld ó Nicole, no debian ser demasiado importunos en efecto, y tambien Pascal debió ser una ó dos veces de este número. Este saloncito de madama de Sablé, tan cerrado, tan visitado, y que, á la sombra del claustro, sin resentirse demasiado de él, combinaba alguna cosa de las ventajas de los dos mundos, me parece ser el tipo primero de lo que hemos visto era en nuestros dias el salon de la Abbaye-aux-Bois. No me toca hablar aquí más que de este último.

M. de Chateaubriland reinaba en él, y, cuando estaba presente, todo se referia á él; pero no siempre lo estaba y aun entónces habia sitios, gradas, *apartes* para cada uno. Allí se hablaba de todo, pero como confidencialmente y algo ménos alto que en otras partes. Todo el mundo, ó al ménos mucha gente iba á este salon y nada tenía de comun; se respiraba en él, al entrar, un aire de discrecion y de misterio. La benevolencia, pero una benevolencia sentida y modificada, un no sé qué particular que se dirigia á cada uno, daba en seguida desembarazo y moderaba la primera impresion de la iniciacion en lo

que parecia poco ó mucho un santuario. Allí se encontraba distincion y familiaridad, ó por lo ménos naturalidad, grande facilidad en la eleccion de los asuntos, lo cual es importantísimo en el juego de la conversacion, y una prontitud en hacerse cargo de lo que se decia, que no solamente era complacencia y buena gracia, sino que demostraba un interes más verdadero. La mirada encontraba desde luego una sonrisa que decia tan bien : *Comprendo*, y que aclaraba todo con dulzura. No se salia de allí, aun en la primera vez, sin haber experimentado una impresion singular en el espíritu y el corazon, que le dejaba á uno satisfecho de sí mismo y sobre todo reconocido. Hubo muchos salones distinguidos en el siglo XVIII, los de madama Geoffrin, de madama de Houdetot y de madama Suard. Madama Recamier los conocia todos y hablaba muy bien de ellos; el que hubiese querido escribir con gusto respecto de esos salones hubiera debido conversar ántes sobre el particular con ella; pero ninguno debia parecerse al suyo.

Es que tampoco ella se parecia á nadie. M. de Chateaubriand era el orgullo de este salon, pero ella era el alma, y ella es la que convendria procurar mostrar á los que no la han conocido; pues querer recordarla á los demas es inútil, y pintársela, imposible. Ya me guardaré yo mucho de intentar dar aquí una biografía suya; las mujeres no deberian tener jamas biografía, palabra ruin buena para el uso de los hombres y que implica cierto estudio y afectacion. Aun cuando nada de esencial tengan que callar, las mujeres no pueden ménos de perder algo de encanto en el texto de una narracion contínua. ¿Se cuenta acaso una vida de mujer? Se percibe, pasa, aparece. Hasta quisiera prescindir de poner ninguna fecha, pues las fechas en tal asunto, es cosa poco elegante. Sepamos solamente, puesto que es menester, que Juana, Julia, Adelaida Bernard habia nacido en Lyon, en esa patria de Luisa Labé, el 3 de diciembre de 1777. De todos estos nombres que acabo de enumerar, el único con que se la llamaba habitualmente era el de *Julia* trasformado en *Julieta*, no obstante que jamas debiese haber Romeo. Se casó en París á la edad de diez y seis años (el 24 de abril de 1793) con Santiago Rosa Recamier, rico ban-

quero ó que tardó poco en serlo. Al principio del consulado se la encuentra brillante, festejada, aplaudida, siendo la reina más jóven de las elegancias, dando el tono á la moda, inventando con arte cosas sencillas que sólo se adaptaban á la suprema belleza. Nosotros que no vivíamos en ese tiempo, no podemos hablar sino con suma reserva de esa época como mitológica de madama Recamier, en la que se nos aparece de léjos cual una jóven diosa sobre las nubes; no podemos hablar de ella como cumpliria, no porque haya nada que ocultar debajo del velo, sino porque en una belleza como esa, tierna y naciente, habia tales primores, que no pueden expresarse si por lo ménos no se han percibido. ¿Quién se atreveria á querer pintar la aurora si nunca vió más que al sol poniente? Sin embargo, como no se puede comprender bien el carácter y la índole apacible de madama Recamier, esa ambicion cordial que en ella ha mostrado tanta fuerza y persistencia suavizada por la delicadeza, como no es posible percibir bien, décimos, su espíritu y toda su persona sin tener opinion muy clara respecto de lo que la inspiraba en aquel tiempo, y no diferia notablemente respecto de lo que la inspiró hasta el fin, sólo intentaré tocar someramente algunos rasgos positivos al traves de la leyenda, que para ella, como para todos los seres dotados de hechicería, disimula ya la verdad. Cuando se quiere juzgar de madama de Sévigné ó de madama de Maintenon y formar concepto de su índole, es preciso tener una idea general y una teoría acerca de ellas. Para comprender bien, por ejemplo, lo que era madama de Maintenon cerca de Luis XIV, ó madama de Sevígné cerca de su hija, y el género de sentimiento ó de pasion que les sugeria, es menester que se diluciden precisamente varios puntos sobre la juventud de estas mujeres, ó, más sencillamente, que se dilucide una, la primera y casi la única que hay que aclarar al hablar de una mujer : ¿Ha amado? ¿y cómo ha amado?

Á esta pregunta que ocurre naturalmente, ya se trate de madama Recamier, ya de madama de Maintenon, ya de madama de Sévigné madama de Sévigné cuando todavía no era madre), responderé resueltamente : *No*. No ha amado jamas, amado con pasion ardiente;

pero esa necesidad de amar que existe en toda alma tierna se trasformaba en ella en una necesidad infinita de agradar, ó mejor dicho de ser amada, y en una voluntad activa, en un ferviente deseo de corresponder á todo eso con su bondad. Nosotros que la hemos visto en sus últimos años y percibido de paso algunos rayos de esa bondad divina, sabemos si tenía ó no con qué suplir á ella, y cómo la amistad habia sabido volver á encontrar en madama Recamier esa llama que jamas habia tenido el amor.

Hay que señalar dos épocas muy distintas en la vida de madama Recamier : su vida de juventud, de triunfo, de belleza, su larga mañana de sol que duró muy tarde hasta el ocaso; luego el anochecer de su vida, despues de puesto el sol; no me decidiré jamas á decir su vejez. En estas dos épocas tan diversas, siempre fué la misma en el fondo, aunque debió parecer muy diferente. Fué la misma por dos rasgos esenciales y que solos la explican, en que siendo jóven y hallándose en el colmo del enajenamiento y del torbellino, permaneció siempre pura, y en que, retirada á la sombra y recogida, conservó siempre su deseo de conquista y su dulce destreza para ganar los corazones, digamos la palabra, su coquetería; pero (que los doctores ortodoxos me perdonen la expresion) era una coquetería angélica. Hay naturalezas que nacen puras y que han recibido, *suceda lo que quiera*, el don de la inocencia. Atraviesan como Aretusa la onda amarga; resisten al fuego como esos niños de la Escritura á quienes salvó el Ángel del Señor, refrigerándolos ademas con un suave rocío en el horno encendido. Madama Recamier tuvo necesidad en su juventud de que ese Ángel estuviera á su lado y en ella misma, pues el mundo que atravesó y donde vivió estaba muy mezclado y era muy ardiente, y ella no omitió ocasion de tentarlo. Para no traspasar los límites de la verdad, tengo necesidad de bajar un poco el tono, de descender un momento de esa altura ideal de Laura y de Beatriz donde hay costumbre de colocarla, de hablar de ella, en fin, familiarmente y en prosa. Espero que en definitiva nada perderá por eso.

En el momento en que aparece brillante, durante el Consulado,

la vemos en seguida obsequiada, admirada y apasionadamente amada. Luciano, el hermano del Cónsul, es el primer personaje histórico que la ama (pues no puedo contar á Barrère que la habia conocido niña en otro tiempo).

Luciano ama, no es rechazado y no será nunca acogido. Ese es el matiz. Lo mismo sucederá con todos los que entónces van á agruparse en derredor suyo, como con todos los que seguirán. Visitando últimamente el palacio del difunto rey de Holanda, vi en él una bellísima estatua de Eva. Eva está representada en su primera juventud, en frente de la serpiente que la enseña la manzana : ella la mira, se vuelve á médias hácia Adan y parece consultarle. Eva está en ese extremo momento de inocencia en que se juega con el peligro y se habla de él callandito consigo mismo ó con otro. Pues bien, ese momento indeciso que en Eva no duró y que terminó mal, se presentó de nuevo con frecuencia y se prolongó de mil maneras en la juventud brillante y á veces imprudente de que hablamos, pero siempre fué contenido á tiempo y dominado por un sentimiento más poderoso, por no sé qué virtud secreta. Esa mujer jóven tenía, ante esas pasiones que excitaba é ignoraba, imprudencias, confianzas y curiosidades parecidas á las de una niña ó una colegiala. Iba al peligro sonriéndose, con seguridad, con caridad, casi como esos reyes cristianísimos de antaño cuando iban un dia de la semana santa á visitar ciertos enfermos para curarlos. No dudaba de su eficacia, de su dulce magia y de su virtud. Casi tenía empeño en herir primero el corazon, para en seguida gozarse en el placer y el milagro de curarlo. Cuando álguien se quejaba ó se irritaba, le decia con desconsoladora clemencia : « Venid y os curaré. » Y lo consiguió con algunos, con el mayor número. Todos sus amigos, con muy cortas excepciones, comenzaron por amarla. Tenía muchos y casi todos los habia conservado. M. de Montlosier le decia un dia que podia repetir estas palabras del Cid : *Quinientos de mis amigos*. Era verdaderamente hechicera en eso de convertir el amor en amistad, dejando á esta toda la flor, todo el perfume del primer sentimiento.

Hubiera querido detenerlo todo en *abril*. Su corazon se habia quedado allí, en ese principio de la primavera en que el verjel está cubierto de blancas flores y no tiene todavía hojas.

Podria aquí contar de memoria muchas cosas, si mi pluma fuese bastante leve para pasar sobre estas flores sin marchitarlas. Á sus nuevos amigos (segun tenía á bien llamarlos algunas veces), madama Recamier solia hablarles á menudo con gusto de los años antiguos y de las personas que habia conocido. « Este es un modo, decia, de poner algo del pasado delante de la amistad. »

Su intimidad con madama de Staël, con madama Moreau, con los heridos y los vencidos, la colocó temprano en las filas de la oposicion al Imperio, pero hubo un momento en que no habia tomado todavía color determinado. Fouché tuvo la idea de hacer de este nuevo poder un instrumento de sus miras. Al principio quiso hacer entrar á madama Recamier como dama de honor en la casa imperial; no le gustaba la nobleza, y hubiera deseado tener allí alguna persona influyente y adicta. Ella no solamente no se prestó á representar tal papel, sino que pronto se encontró en la oposicion, sobre todo por sus amigos y por el concepto que se solia formar de ella.

Todavía no lo estaba cierto dia que comió en casa de una de las hermanas de Bonaparte. Se habia querido que se encontrara allí con el primer Cónsul, y en efecto este se halló tambien en la comida. En la mesa debia ser colocada á su lado; pero, por una equivocacion que tuvo lugar en el momento de sentarse, se encontró colocada al lado de Cambacérès, y Bonaparte dijo á este en tono festivo : « ¡Con que siempre junto á la más bonita, cónsul Cambacérès! »

El padre de madama Recamier, M. Bernard, estaba en la administracion de correos y era realista; se comprometió durante el Consulado y fué preso é incomunicado. Esto lo supo ella súbitamente, un dia que comia en su casa madama Bacciochi, hermana de Bonaparte. Esta prometió poner todos los medios para que el Cónsul se interesara. Despues de la comida, madama Recamier salió y quiso ver á Fouché, el cual rehusó recibirla « por miedo de dejarse ablandar, decia, y en un

negocio de Estado ». Fué pues corriendo á buscar de nuevo, en el Teatro Frances, á madama Bacciochi que estaba allí con su hermana Paulina, muy ocupada esta con el casco de Lafon : « ¡ Pero no veis qué mal puesto lleva el casco, qué torcido ! » Madama Recamier estaba en brasas; madama Bacciochi queria quedarse hasta que concluyera la tragedia, quizas á causa de su hermana Paulina. Bernadotte se hallaba en el mismo palco y notó el aire demudado de madama Recamier; ofrecióla el brazo para acompañarla á su casa y prometió ir á ver él mismo al Cónsul en seguida. Desde este momento data el vivo sentimiento de Bernadotte hácia ella : ántes de esto no la habia conocido. Obtuvo el perdon para su padre. Lo que se dice en el *Memorial de Santa Helena* acerca de esto es inexacto. Madama Recamier no vió con este motivo á Bonaparte; Bernadotte fué quien se encargó de todo.

Bernadotte la amó pues y fué uno de sus obsequiantes. Los Montmorency, que acababan de volver de la emigracion, no lo eran ménos. Mateo de Montmorency, que despues fué un santo, Adrian (despues duque de Laval), mucho más tarde el hijo de Adrian, que llegó á ser así el rival de su padre, todos la amaban con pasion. Enrique de Laval se encontraba á menudo en su casa con el duque de Laval su padre; se mantenia firme en su puesto y no salia, lo cual hacía rabiar al buen duque, y como era hombre de chispa, escribia á madama Recamier con mucha gracia : « Hasta mi hijo está prendado de vos, ya sabéis cuánto lo estoy yo; tal es ademas la suerte de los Montmorency :

No todos morian, pero todos estaban heridos. »

Madama Recamier era la primera que contaba esas cosas, y se sonreía con júbilo al referirlas. Ha conservado casi hasta el fin esa risa infantil, ese gesto jóven que la hacía llevar su pañuelo á la boca como para no prorumpir en una carcajada. Pero, durante su juventud, esta infancia de sentimientos, con el gracioso manejo que en ellos entraba,

produjo más de una vez (¿qué hay de extraño en ello?) complicaciones graves. Todos estos hombres atraidos y prendados no eran tan fáciles de gobernar y eludir como la dinastía pacificada de los Montmorençy. Debió haber en su derredor, durante ciertas horas, muchas violencias y rebeliones que con trabajo podia aplacar luego esta mano suave y delicada. Cuando jugaba con esas pasiones humanas que sólo queria hechizar y que enconaba más de lo que creía, se parecia á la más jóven de las Gracias que se hubiera entretenido en uncir leones é irritarlos. Imprudente como la inocencia, ya lo he dicho, le gustaba el peligro, el peligro de los demas, ya que no el suyo; ¿y por què no lo he de decir tambien? en este juego aventuroso y muy fácilmente cruel, ella tan buena era, atormentó muchos corazones, ulceró sin quererlo algunos, no solamente de hombres exasperados, sino de pobres rivales, sacrificadas y heridas sin que ella lo supiera. Ese es uno de los aspectos serios que su caridad final no ha dejado de comprender enteramente; es tambien una leccion que la gravedad suprema inherente á su noble memoria no prohibe recordar. Ella misma lo sentia bien con su instinto de pureza y de bondad celestial : por eso no se le vió, á ella tan admirada é idolatrada, deplorar su juventud, ni sus mañanas de sol, ni sus tempestades, aun las más embellecidas. No concebia que pudiera haber dicha perfecta fuera del deber; colocaba el ideal de la novela allí donde tan poco lo habia encontrado, es decir, en el matrimonio; y más de una vez, en sus dias más brillantes, en medio de una fiesta cuya reina era, huyendo de los homenajes, solia, segun ella misma decía, salir un momento para llorar.

Tal la concibo yo en el mundo y en el torbellino, ántes de su retiro. Podrian escribirse sobre esto una serie de capítulos que ni siquiera puedo bosquejar. Uno de estos capítulos sería el de sus relaciones y su intimidad con madama de Staël, dos brillantes influencias tan distintas, muy á menudo contrapuestas, casi nunca rivales y que se completaban tan bien. El año 1807, en el palacio de Coppet, perteneciente á madama de Staël, fué donde madama Recamier vió al príncipe Augusto de Prusia, uno de los vencidos de Jena; presto le venció y con-

quistó á su vez. El real prisionero era por hábito bastante brusco y á veces embarazoso, y esta misma brusquedad le descubria. Un dia que queria decir una palabra á madama Recamier en un paseo á caballo, se volvió hácia Benjamin Constant que iba en su compañia, y le dijo : « Señor de Constant, ¿quisierais dar un peqneño galope? » ¡Cómo no habia de sonreirse Constant de la delicadeza alemana!

Otro capítulo trataria de la fácil conquista que madama Recamier hizo en Lyon del dulce Ballanche, el cual se dió á ella desde el primer dia, pero sin decírselo siquiera jamas. Otro capítulo presentaria sus relaciones ménos sencillas, ménos fáciles por de pronto, pero finalmente tan afirmadas con M. de Chateaubriand. Madama Recamier lo habia visto por primera vez en casa de madama de Staël, en 1801; no le volvió á ver despues hasta 1816 ó 1817, hácia el tiempo de la muerte de madama de Staël, y tambien en su casa. Pero esos no habian sido más que encuentros fortuitos, y la intimidad verdadera no se anudó hasta más tarde, cuando M. de Chateaubriand salió del ministerio y en la Abbaye-aux-Bois.

Tambien se podria formar un capítulo referente á su estrecha amistad con Benjamin Constant, la cual sólo comenzó de 1814 á 1815. Las cartas de este, dirigidas á madama Recamier, ayudarian mucho á ello ; pero serian muy insuficientes para el completo conocimiento de la verdad, si no se añadiera el correctivo, lo que escribia para sí solo al salir de allí y han leido muchas personas; y en fin, si no se aclarase el conjunto, con las explicaciones de moralista que no se encuentran por lo regular en las defensas de los abogados. Pero esto me recuerda que hay pendiente un proceso deplorable sobre este asunto, y me doy prisa á callar.

Ántes del capítulo de Benjamin Constant, habria que hacer aun el del viaje de Italia en 1813, la permanencia en Roma, la intimidad con Canova, el mármol de este, que para ser ideal esta vez no tuvo necesidad sino de copiar el modelo; luego la permanencia en Nápoles cerca de la reina Carolina y de Murat. Este último, si no me equivoco, quedó algo impresionado. Pero basta de rápidas perspectivas.

Cuando madama Recamier vió avanzar la hora en que la belleza declina y palidece, hizo lo que pocas mujeres saben hacer : no luchó; aceptó con gusto las primeras señales del tiempo. Comprendió que despues de tales triunfos de belleza, el último medio de parecer aun bella era no aspirar ya á ello. Á una mujer que la volvia á ver despues de algunos años y la felicitaba por su buen semblante : « ¡Ah! querida amiga, respondió, no hay que hacerse ilusiones ya. Desde el dia que vi que los pequeños Saboyanos (deshollinadores) no hacian caso de mí en la calle, conocí que todo habia concluido. » Decia la verdad, pues en efecto era sensible á toda mirada y á toda alabanza, á la exclamacion de un niño ó de una mujer del pueblo lo mismo que á la declaracion de un príncipe. Cuando pasaba por entre el gentío, desde su elegante calesa que avanzaba lentamente, daba las gracias á cada uno por su admiracion con un saludo y una sonrisa.

En dos épocas diferentes habia experimentado M. Recamier grandes reveses de fortuna : la primera al comenzar el Imperio, y la segunda en los primeros años de la Restauracion. Entónces fué cuando madama Recamier se retiró á una habitacion de la Abbaye-aux-Bois, en 1819. Nunca ocupó mayor lugar en el mundo que cuando estuvo en este humilde asilo, en una extremidad de París. Allí es donde su apacible genio, desembarazado de las complicaciones sobradamente vivas, se hizo sentir cada vez más con beneficencia. Puede decirse que perfeccionó el arte de la amistad y le hizo hacer un nuevo progreso : fué una especie de bella arte más que habia introducido en la vida y que lo embellecia, ennoblecia y distribuía todo en derredor suyo. El espíritu de partido se hallaba entónces en su mayor auge, y ella desarmaba los enconos, dulcificaba las acritudes, quitaba la aspereza é inoculaba la indulgencia. No descansaba hasta conseguir que se vieran en su casa sus amigos del bando opuesto y hasta que los hubiese reconciliado, empleando al efecto una mediacion clemente. Con tales influencias es como la sociedad llega á ser sociedad, en cuanto es posible, y con ellas adquiere tambien toda su suavidad y toda su gracia. Así es como una mujer, sin salir de su esfera, hace obra de civiliza-

cion en grado sumo y desempeña á su manera como Eurídice el pape de Orfeo. Este domesticaba la vida salvaje; la otra termina y corona la vida civilizada.

Un dia, en 1802, durante la corta paz de Amiens, no en el brilante hôtel de la calle de Mont-Blanc que entónces ocupaba madama Recamier, sino en el salon de la quinta de Clichy donde pasaba el verano, varios hombres venidos de lados diferentes estaban reunidos. Adrian y Mateo de Montmorency, el general Moreau, Ingleses de distincion, M. Fox, M. Erskine y otros muchos : todos se hallaban en presencia y se observaban, nadie queria comenzar el primero. M. de Narbonne, que se hallaba presente, procuraba entablar la conversacion, y á pesar de su talento no habia podido conseguirlo, cuando entró madama Recamier. Habló primero á M. Fox, dijo luego una palabra á cada uno, presentó cada persona á la otra con un elogio oportuno y al momento se hizo general la conversacion; ya se habia encontrado el vínculo natural.

Lo que hizo allí entónces, lo repetia todos los dias. En su saloncito de la Abbaye-aux-Bois pensaba en todo y extendia á los léjos su red de simpatía. No habia un talento, una virtud, una distincion á quien no quisiera conocer, convidar, servir, poner en evidencia y sobre todo en contacto y en armonía en derredor suyo, y marcar en el corazon con una pequeña señal que ella sola sabía. Sin duda que hay una ambicion en eso; pero ¡qué ambicion tan adorable, sobre todo cuando, dirigiéndose á los más célebres, no desatiende á los más oscuros y anda en busca de los más afligidos! El carácter del alma tan multiplicada de madama Recamier consistia en ser á la par que universal muy particular, en no excluir nada, ¿qué digo excluir? en atraer todo, reservándose no obstante la eleccion.

Esta eleccion hasta podia parecer única. En los últimos veinte años, M. de Chateaubriand fué el gran centro de su sociedad, el gran interes de su vida, aquel á quien no diré que sacrificaba todos los demas (no sacrificaba á nadie que no fuese ella misma), pero á quien lo subordinba todo. Él tenía sus antipatías, sus aversiones y aun sus

sinsabores, que las *Memorias de Ultratumba* declaran bastante en el dia. Todo eso lo moderaba y corregia ella. ¡Cuán ingeniosa era para hacerle hablar cuando estaba callado, para atribuirle palabras amables, benévolas, hácia los demas, que sin duda le habria dicho él poco ántes en la intimidad, pero que no siempre repetia delante de testigos! ¡Cuán coqueta era por su gloria! ¡Qué bien conseguia á veces tambien ponerlo verdaderamente alegre, enteramente contento, hacerlo amable, elocuente, cosas todas que él era tan fácilmente apénas lo deseaba! Con su dulce influencia justificaba cerca de M. de Chateaubriand el dicho de Bernardino de Saint-Pierre : « Hay en la mujer una alegría ligera que disipa la tristeza del hombre. » ¡Y con qué tristeza tenía que habérselas aquí! ¡una tristeza que Renato habia traido del vientre de su madre y que fué aumentando con los años! Jamas hizo madama de Maintenon tantos esfuerzos por desenojar á Luis XIV como madama Recamier por disipar el tedio de M. de Chateaubriand. « Siempre he notado, decia Boileau al volver á Versálles, que cuando la conversacion no giraba sobre sus alabanzas, el rey se aburria primero y estaba á punto ó de bostezar ó de marcharse. » Todo gran poeta que envejece es algo Luis XIV en este punto. Todos los dias tenía ella mil invenciones graciosas para renovarle y refrescarle la alabanza. Por doquiera le atraía amigos y admiradores nuevos. Á todos nos habia encadenado á los piés de su estatua con una cadena de oro.

Una persona de talento tan delicado como certero, y que la conoció mucho, decia de madama Recamier : « Tiene en el carácter lo que Shakespeare llama *milk of human Kindness* (la leche de la bondad humana), una dulzura tierna y compasiva. Ve los defectos de sus amigos, pero los cuida en ellos como cuidaria sus achaques físicos. » Era pues la hermana de la Caridad de sus penas, de sus flaquezas y un tanto de sus defectos.

Que en este procedimiento habitual no hubiera á la larga algunos inconvenientes, mezclados á un gran hechizo; que en esta atmósfera tan tibia y tan calmante, dando á los ánimos toda su dulzura y toda su brillantez, no los enervara algo ni los inclinara á la complacencia,

es lo que no osaré negarlo, tanto más cuanto que creo haberlo quizas experimentado yo mismo. Era seguramente un salon donde no solamente la urbanidad, sino la caridad misma dañaba un poco á la verdad. Habia decididamente cosas que no queria ver y que para ella no existian. No creía en el mal. En su obstinada inocencia, quiero hacerlo notar, habia conservado algo de infancia. ¿Debemos quejarnos de ello? Si bien se mira, ¿habria aun otro lugar en la vida en que se vuelva á encontrar una benevolencia tan efectiva en el seno de una ilusion tan adornada y embellecida? Un moralista cáustico, la Rochefoucauld, lo ha dicho : « Apénas tendria uno nunca placer si no se hiciese ilusiones. »

He oido preguntar á algunos si madama Recamier era mujer de ingenio. Me parece que todos lo sabemos ya. Tenía en grado eminente, no ese ingenio que se ocupa en brillar por sí mismo, sino el que percibe y hace valer el de los demas. Escribia poco, pues desde muy jóven se habia habituado á escribir lo ménos posible; pero este poco era bueno y de un estilo perfecto. Cuando conversaba tenía tambien un giro claro y exacto, y la expresion á punto. En sus recuerdos escogia preferentemente un rasgo agudo, una palabra amable ó alegre, una situacion picante, y descuidaba lo demas; recordaba con gusto.

Escuchaba de un modo seductor, no dejando pasar nada de lo que habia de bueno en vuestras palabras sin demostrar que lo notaba. Preguntaba con interes y se enteraba bien de la respuesta. Solamente por su sonrisa y sus silencios estaba uno interesado en encontrarla ingenio al separarse de ella.

Respecto de la juventud, de la belleza de su corazon, si á todos ha sido dado apreciarla, á los que la disfrutaron de más cerca incumbe sobre todo hablar de ella un dia. Despues de la muerte de M. Ballanche y de M. de Chateaubriand, aunque quedasen todavía en derredor suyo M. Ampère, el duque de Noailles y tantas otras afecciones, ya no hizo más que languidecer y acabar de morir. Espiró el 11 de mayo de 1849, á la edad de setenta y dos años

Esta persona única, cuya memoria vivirá tanto como la sociedad francesa, fué pintada con mucha gracia por Gerard en la frescura de su juventud. Su busto fué esculpido por Canova en su ideal de belleza. Aquíles Devéria trazó el dia de su muerte un bosquejo de su semblante que expresa el sufrimiento y la calma.